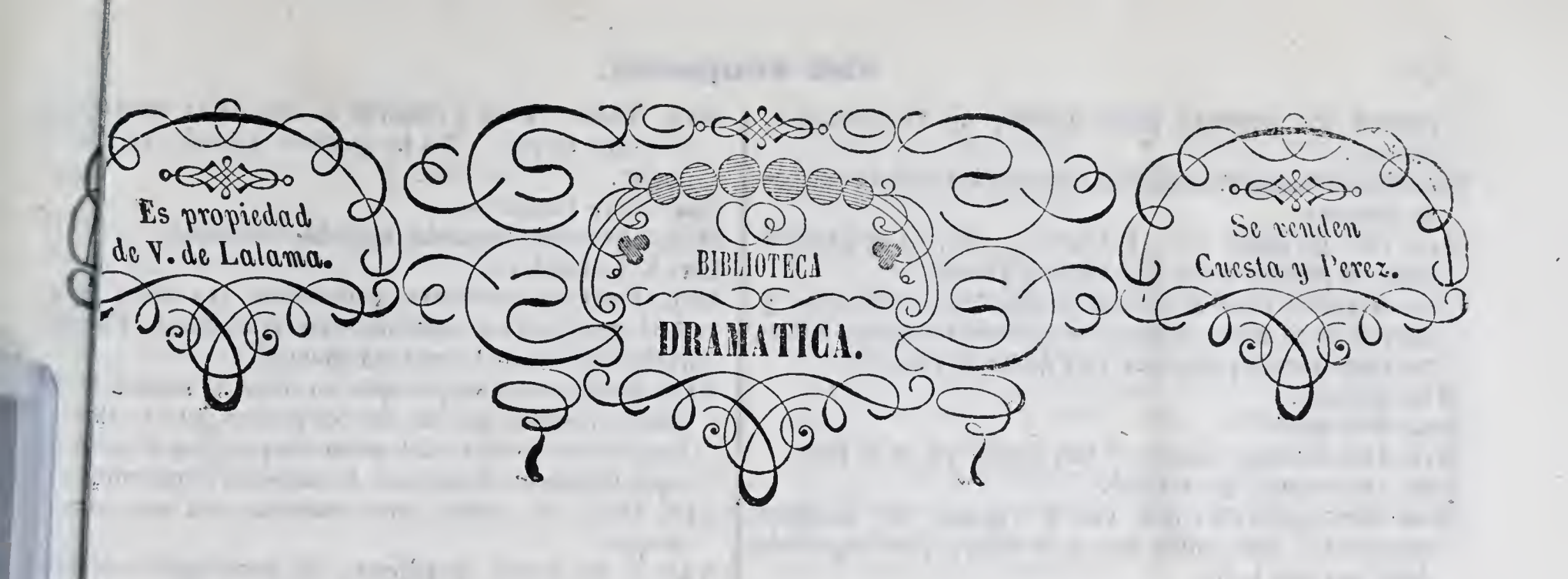

UNA VENGANZA.

Drama de espectáculo en cuatro actos, arreglado del francés por D. Ramon de Valladares y Saavedra *representado por primera vez, con aplauso, en el teatro del Instituto el* 18 *de noviembre de* 1854.

PERSONAGES.	ACTORES.
ENRIQUE, *duque de Brabante*	*Señores Pardiñas.*
ARTURO, *conde de Henolt*	*Martinez.* (*L.*)
EDGARDO, *hermano bastardo de Enrique*	*Albalat.*
VANDER, *mayordomo del duque*	*Detrell.*
EL SEÑOR DE QUENERENT	*Ramos.*
JOBO, *capitan de los guardias del duque*	*Loarte.*
ESTEBAN, *ahijado de Vander*	*Martinez.* (*C.*)
ALBERTO, *escudero del conde*	*Boix.*
CLIVERIO, *paje del duque.*	*Garcia.*
OTRO PAJE	*Diaz.*
UN SOLDADO	*N.*
GENOVEVA, *duquesa de Brabante*	*Señoras Fina.*
MARGARITA, *hija de Vander, dama de honor de Genoveva*	*Lausac.*
ELVIRA, *otra dama de honor.*	*N.*

Damas, pages, soldados del Duque, soldados del Conde. Caballeros y Barones.—Pueblo.

La accion pasa en Bruges y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO.

Patio interior del castillo del duque de Brabante; á la derecha, una escalera que conduce á la parte del castillo habitada por la duquesa; á la izquierda, en el primer término, una torrecilla abandonada; mas allá, una capilla antigua; el fondo esta cerrado por murallas almenadas, por encima de las cuales se descubre el campo. Empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

EDGARDO, MARGARITA.

EDG. (*siguiendo á Margarita, que sale de la capilla.*) Espera un momento, Margarita; apenas comienza á amanecer.

MAR. Se prudente, Edgardo; he oido resonar en las murallas los pasos de los soldados; si tardas en retirarte, los rayos del sol iluminarán el camino secreto y peligroso que has traido para venir á buscarme; los centinelas te verán, y si te detienen...

EDG. La muerte me espera, si... sé la sentencia que ha pronunciado contra mi el tribunal de Bruges; sé que la política obligaria á mi hermano á llevarla á cabo... Indignado de la suerte oscura á que me habia condenado mi nacimiento, creyendo que la sangre ilustre de mis ascendientes los duques de Brabante bastaria á ennoblecer la de mi madre, pobre hija del pueblo, acudi á las armas para reclamar mi parte en la herencia de mi padre... pero la fortuna no secundó á mi valor... Vencedor, hubiera sido conde; vencido, soy rebelde, soy un bastardo, un proscripto... Nada me queda, Margarita, mas que tu amor, y antes de salir á esperar dias mas felices, en un suelo estrangero, he querido venir á protestarte de nuevo, que soy tuyo, y á oir de tu boca: «Edgardo, siempre seré tuya.»

MAR. Y ese juramento de no ser de ningun otro, acabo de hacerle en la antigua capilla de nuestra Señora, que bendecirá sin duda nuestro amor, porque

conoce su pureza; pero ahora, no te detengas, parte...

EDG. Una última mirada! Esta despedida quizas sea para siempre.

MAR. Oh! no digas eso, Edgardo; ven, te ayudaré á bajar al primer foso! (*va hácia el fondo.*)

EDG. Algunas piedras que el tiempo ha derribado, y los restos de unas cadenas del puente levadizo, hacen mi fuga menos peligrosa. (*vá hácia el fondo.*)

MAR. Espera.

EDG. Por qué?

MAR. Has tardado mucho, y hay gente ya en el foso.

EDG. (*mirando.*) Es verdad.

MAR. Son operarios, que van á reparar las antiguas murallas... Mi padre está con ellos, y es imposible huir por ese lado.

EDG. Pues no hay otro medio.

MAR. Espera... Esta torrecilla está abandonada... entra en ella hasta la caida de la noche. Margarita vigilará por ti y te salvará... porque si mueres, Margarita morirá contigo.

EDG. Dispon de mi!

MAR. Ven, y nuestra Señora nos proteja! (*entran en la torrecilla.*)

ESCENA II.

VANDER, ESTEBAN.

EST. (*siguiendo á Vander.*) Si, señor Vander; necesito hablaros á solas.

VAN. Pues bien ya te escucho; no he olvidado que eres hijo de la buena Marta, y ahijado mio.

EST. Pues ya cuento con eso, porque tengo un gran favor que pediros. Y en verdad, que no sé cómo lo tomareis; apuesto á que vais á reiros de mi!

VAN. Bien podrá ser; pero vamos, habla.

EST. Por otra parte, maldito lo que me importa... porque estamos solos, y nadie nos oye. Es el caso, señor Vander, que soy ambicioso.

VAN. Tú?

EST. Si señor, yo mismo; y la tal ambicion se ha apoderado de mi desde las uñas de los pies hasta la punta de los cabellos... Ni duermo, ni como, ni tengo gana de picar las piedras. Los compañeros me dicen: Esteban, tú estás enamorado... Pero quia! no es eso... y yo digo para mi: si ahora soy lo que soy, luego seré albañil... Y qué es albañil? Nada entre dos platos!... Mejor quisiera ser...

VAN. Qué?

EST. Conde, baron, ó cosa semejante, que todo es hasta empezar. Vos, señor Vander, teneis influjo con el señor duque, y si le hablais por mi, me tomará á su servicio, y con el tiempo, quién sabe!.. acaso tendreis el placer el dia menos pensado, de hallaros con un ahijado baron... que será lo menos á que llegaré.

VAN. No esperaba de ti semejante solicitud! Tú, hombre de armas del señor duque!..

EST. Y por qué no?

VAN. No has reparado en la talla y en las formas de sus soldados?

EST. Es decir que soy pequeño y regordete?.. Pues todo se reduce á darme un caballo algo mas alto.

ESCENA III.

Los mismos, MARGARITA.

MAR. (*abriendo la puerta de la torrecilla, que cierra con prontitud al ver á su padre.*) Mi padre!

VAN. Qué hacias aqui, Margarita?

MAR. Nada... Vine á respirar el aire de la mañana... á ver salir el sol... No he podido dormir en toda la noche.

EST. Ni yo tampoco.

MAR. He estado inquieta, agitada, casi mala.

EST. Y yo tambien.

MAR. Pero tranquilizaos, padre mio, ya estoy mejor. Ah! qué hace por aqui nuestro buen amigo Esteban? Acaso está peor la anciana Marta?

VAN. Marta está mejor que su hijo... siquiera tiene juicio... Sabes que se le ha puesto en la cabeza la idea de ser soldado del señor duque, y que piensa de aqui á poco en llegar por lo menos á emperador?

EST. Qué, no señor, me contento con ser baron ó duque.

VAN. Y no sabes, majadero, lo duro que es el oficio de soldado, cuando se sirve bajo las banderas del duque de Brabante?

EST. Y qué?

VAN. Apenas ha vencido á un enemigo, ya está en guerra con otro; para él no hay treguas ni descanso.

EST. Si, quereis asustarme; pero lo que yo veo es, que pasan el tiempo holgando y tomando el sol.

VAN. Indudablemente preferirian una batalla á la guarda de este castillo... Que lo diga Margarita... Siempre cubiertos con sus armaduras... apenas duermen, y el menor descuido seria castigado con la muerte.

EST. De veras? Y á qué viene todo eso? Teme su escelencia que le quiten las piedras del castillo!

VAN. No son las piedras de sus muros las que asi hace guardar, es su muger.

EST. Su muger!.. Genoveva!

VAN. Si. El amo está celoso.

EST. Malo es eso para la señora y para sus soldados... Pero no obstante, señor Vander, insisto en mi propósito... Mas quiero estar de centinela las tres terceras partes de mi vida, que poniendo piedra sobre piedra, y amasando cal y arena!.. Desde lo alto de las murallas veré trabajar á mis compañeros, y esto al fin y al cabo es hallarme mas arriba que ellos.

VAN. Estás decidido?

EST. Archidecidido.

VAN. No te arrepentirás?

EST. Eso queda de mi cuenta.

VAN. Pues bien, serás soldado.

EST. De veras?

VAN. (*mirando al fondo.*) Gente viene.

MAR. Es mi señora.

ESCENA IV.

Los mismos, GENOVÉVA.

GEN. (*sale por la escalerilla de la derecha.*) Buenos dias, amigos! (*da un pergamino sellado á Vander.*) Vander, que lleven pronto esta carta á mi noble esposo; es la respuesta á su mensage de ayer.

VAN. Está bien, señora; pero, qué tristeza! Qué palidez!

GEN. Y qué hay de nuevo en todo eso? No es mi vida un contínuo sufrir y padecer?.. Vander, ese mensage es urgente.

VAN. Voy, señora, á entregarle al page, que sin duda le espera. Vaya, ven, Esteban, buscaremos una armadura proporcionada á tu abdómen.

EST. No faltarán, señor Vander, que en todos tiempos gusta comer á dos carrillos. (*vánse Vander y Esteban por la derecha.*)

ESCENA V.

GENOVEVA, MARGARITA.

MAR. Señora, he sabido por el page que ha enviado monseñor, está ya terminada la guerra con el duque de Gueldres, y que este, mas afortunado que su aliado el conde de Henolt, ha obtenido gracia, mientras que el desventurado conde, arrojado de sus estados, únicamente ha conservado su espada y algunos caballeros, que se conservan fieles en su infortunio.

GEN. Por muy desgraciado que sea el conde de Henolt, no encontrará compasion en el pecho de Genoveva; él es el autor de todas mis desgracias.

MAR. El?

GEN. No te lo ha referido tu padre?

MAR. Los secretos que se confian á mi padre, no salen de su boca ni aun para su hija.

GEN. Te veia dichosa, Margarita, y no queria perturbar tu felicidad con la narracion de mis pesares; pero el próximo regreso del duque, el temor que este regreso me inspira, la necesidad de tener un corazon que comprenda el mio, una mano que pueda en secreto enjugar mis lágrimas, todo esto te valdrá una bien triste confidencia, y te la evitaria gustosa, si no supiese que me amas, como hubieras amado á una hermana.

MAR. Si, señora; acaso mi padre no os ama como á una hija? Hablad, hablad: cuando hayais concluido, Margarita os abrirá tambien su corazon, y vereis como la sonrisa que en sus labios aparece, es una mentira, y que tambien de ella ha huido la felicidad.

GEN. Ah!

MAR. Hablad, os lo suplico.

GEN. Tus pesares serán pasageros, en tanto que los mios durarán toda mi vida.

MAR. Qué oigo?

GEN. Ser amada de aquel que Dios y los hombres nos dan por esposo, adorarle con toda la fuerza de nuestro corazon, no es esta la felicidad?.. Pues bien, yo amo al duque de Brabante; poseo todo su amor, y nuestra suerte causaria compasion al mas encarnizado de nuestros enemigos; porque entre mi esposo y yo se eleva un fantasma, que marchita lo pasado, envenena lo presente, y destruye lo porvenir; este fantasma es el demonio de los celos.

MAR. Los celos!

GEN. Quiera Dios que no llegues jamás á conocer tan funesta pasion; quiera el cielo darte un esposo que crea en tu amor y en tu fé... Eres una niña aun; ahora hace tres años, cuando el duque de Brabante pidió mi mano al conde de Curtré, mi padre. La alianza era honrosa, yo era libre y consentí. No quiso el duque hallarse presente, y propuso á mi padre abrir un torneo y convocar á él á todos los señores flamencos y brabantinos. Creyendo él distinguirme entre todas las damas de la corte, sin haberme nunca visto, esperaba tambien que yo le conoceria entre los bizarros caballeros convidados á la fiesta. Comenzó el torneo, espectáculo nuevo y brillante á que la vista no estaba acostumbrada. Mi padre, por complacer al duque, me habia confundido entre mis damas, sin que ningun adorno anunciase en mi la reina de la fiesta. No obstante, el duque no se equivocó, y su page vino á mi en derechura, y me entregó un bracelete de diamantes, que llevaba su cifra. Tambien yo quise adivinar, y viendo entre los caballeros uno, en cuyo escudo se habian estrellado las lanzas de todos sus adversarios, cuya armadura era la mas brillante, y su corcel el mas brioso, esclamé: «Aquel es el duque de Brabante», y le envié mi banda en cambio del bracelete... El caballero levantó la visera, y se descubrió el rostro...

MAR. De quién?

GEN. Del conde de Henolt... El duque, á quien al punto me presentaron, fué el primero que vió este engaño; pero habia sido herido en el corazon... El conde de Henolt, caballero desleal, se alabó públicamente de esta equivocacion involuntaria. Yo habia antes rehusado su mano, y él se vengó entonces con crueldad. «La política solamente, dijo, se ha opuesto á una union que nuestros dos corazones deseaban.» Estas palabras imprudentes y pérfidas, llegaron á oidos del duque mi esposo, y desde entonces mi existencia es un contínuo suplicio.

ESCENA VI.

Las mismas, VANDER.

VAN. Señora duquesa, un peregrino acaba de entrar en el castillo, y solicita el favor de ser admitido á vuestra presencia.

GEN. Que pase! (*Vander hace señas, aparece el peregrino.*)

MAR. Recibís aqui á ese peregrino?

GEN. Sí.

MAR. (Y yo habia prometido á Edgardo...)

VAN. Aqui está.

ESCENA VII.

Los mismos, el PEREGRINO.

GEN. Acercaos, y decid sin temor qué puede hacer por vos la duquesa de Brabante.

PER. Noble señora, es solo á vos...

GEN. Dejadme!

VAN. Al momento. Margarita, vamos.

MAR. (Dios mio, salvad á mi pobre Edgardo.) (*vánse por la derecha.*)

ESCENA VIII.

GENOVEVA, *el* PEREGRINO.

GEN. Ya estamos solos, hablad!

PER. Primero debo escitar vuestra caridad en favor de los pobres soldados que pelean por rescatar el santo sepulcro.

GEN. Nuestros hermanos de la Tierra Santa tienen derecho á mi interés, y no habreis implorado en vano su socorro.

PER. Quiera Dios que sea tan feliz en el resto de mi mision.

GEN. Ya os escucho.

PER. Hace algunos dias que pedí hospitalidad en un castillo de Flandes, y me rogaron que ofreciese los socorros de nuestra Santa Religion á un moribundo: me acerqué á su lecho, y me rechazó, diciendo: « Nada adelantareis, padre mio; dejadme morir como un maldito»... « Dios, continuó despues de haber oido mis instancias. será sordo á mis oraciones, porque no me he apiadado de ella; la he calumniado, siendo la mas pura, la mas bella de todas las mugeres.» Hermano, le dije, arrepentíos, y Dios os perdonará. «No, si ella no me perdona antes.» Pues bien, nombrádmela, y yo iré á pedir gracia para vos. Un rayo de esperanza brilló en su rostro, y me dijo el nombre de la duquesa de Brabante.

GEN. Yo! Cómo se llama ese moribundo?

PER. En medio de su delirio, esclamaba: «Piedad, piedad, señora, para el desgraciado que creyó que el amor debia ser pagado con amor...

GEN. Basta, y decidme el nombre que os he pedido.

PER. Señora, el que me envia, el que en el lecho de la muerte espera de vuestra boca la sentencia de vida ó de condenacion eterna, es Arturo, conde de Henolt.

GEN. Y él es quien implora la compasion de Genoveva?

PER. El os pide, por mediacion mia, una prenda de perdon, una prenda que pueda colocar sobre su corazon, próximo á helarse con el frio de la muerte.

GEN. Basta! Esperad un momento, y os entregarán la ofrenda para los pobres de la Tierra Santa.

PER. Y para el desgraciado conde?

GEN. Pedid por él al Eterno, y lograreis su perdon... En cuanto á Genoveva, Genoveva no perdona! (*vase.*)

ESCENA IX.

El CONDE, *quitándose el capuchon.*

Genoveva no perdona!... En tu corazon, como en el mio, no hay mas que odio; pero esa prenda, que con tal arrogancia me has negado, yo te la arrancaré por la astucia ó por la fuerza; porque necesito una prueba que arrojar á tu esposo; necesito decirle: «Tu muger te engaña.» Necesito vengarme: nuestra lucha toca á su término, y debes sucumbir; porque el conde de Henolt, vencido, proscripto, despojado de sus estados, dará sin vacilar la vida por su venganza. Yo te arrancaré, Genoveva, la corona ducal; yo mancillaré tu fama de casta esposa, y caeré en el abismo, porque te arrastraré conmigo. No abandonaré este castillo, me ocultaré en él hasta la noche; entonces volverás á verme, Genoveva; mi puñal me abrirá paso hasta tu estancia, y entonces me demandarás perdon, y entonces, á mi vez, podré decirte: «El conde de Henolt no perdona...» Gente viene. Desde aquella capilla podré ver y oir cuanto ocurra, y este asilo, con el hábito que llevo, me pone al abrigo de todo peligro... Vamos! (*entra en la capilla.*)

ESCENA X.

MARGARITA, *despues* GENOVEVA.

MAR. (*agitada.*) Edgardo, mi pobre Edgardo, qué será de el? Cómo le salvaré?.. Apenas me resta una hora... Ah! no hay que vacilar; se lo declararé todo á la duquesa, y tendrá compasion de mi! (*clarines dentro.*) Dios mio, será ya el duque? (*va al fondo.*) No; son los soldados, que sin duda van á esperarle.

GEN. Qué ruido es ese, Margarita?

MAR. Va á llegar el señor duque!..

GEN. Es cierto?

MAR. Mirad, toda la guarnicion está sobre las armas: acaba de llegar un escudero, diciendo que su amo le sigue.

GEN. (*llamando.*) Sara! Oliverio! (*salen una dama y un page.*) Sara, tráeme el velo; y tú, Oliverio, ensilla mi palafren, iremos á esperar al duque. Despachaos. (*vanse la dama y page.*) Tú, Margarita, me acompañarás.

MAR. Yo?

GEN. Qué tienes? Esa turbacion.... esa palidez!..

MAR. (*de rodillas.*) Piedad, piedad para mi, señora!

GEN. Qué haces, Margarita?

MAR. Señora, os dije hace poco que era muy desgraciada, y ahora, si no me ayudais, no me resta mas que morir.

GEN. Morir!

MAR. Morir, porque no puedo sobrevivir á mi Edgardo.

GEN. Edgardo!

MAR. Todo mi secreto está en ese nombre... Nos amamos, y por despedirse de mi, lo ha arrostrado todo.. Está aqui, y esperaba salvarle á favor de la noche.

GEN. Dónde está?

MAR. En esa torrecilla. Ahora mismo acaba mi padre de mandar colocar un centinela á su entrada, para que no se le acuse de falta de vigilancia.

GEN. Imprudente, se ha perdido!

MAR. Si no os compadeceis de él y de mi...

GEN. Y qué puedo yo hacer! Pedir su perdon? Le pediré!

MAR. No le obtendreis, porque ni el mismo duque puede oponerse á la ejecucion de la sentencia que ha pronunciado el tribunal. Esta noche podrá salir de castillo, pero entre tanto necesita un asilo inviolable, y este asilo es vuestro oratorio.

GEN. Mi oratorio! Y he de dejar penetrar un hombre en mi cuarto?

MAR. Solo permanecerá en él algunas horas. Señora, no me negueis esta gracia; mirad que Edgardo es perdido si le descubren; mirad que le amo; mirad, en fin, que vais á evitar á vuestro esposo el horroroso deber de enviar á su hermano al cadalso.

GEN. En efecto, seria horrible...

OLI. Todo está dispuesto, señora.

MAR. (*bajo.*) Qué decidís?

GEN. Edgardo no morirá por órden de su hermano... Salvadle.

MAR. Ah, señora!

GEN. Para evitar sospechas, ahora acompañadme... y vos, Oliverio, llevad este bolsillo al señor Vander, que se le dé al peregrino que me presentó, y que le haga salir del castillo antes de la llegada del duque. Ven, Margarita, y consuélate, que tu Edgardo se salvará. (*vase seguida del page y Margarita.*)

ESCENA XI.

El CONDE, *sale de la capilla.*

Genoveva, me concedes mas aun de lo que me atrevia á pedirte: solo queria una prenda de tu amor, y te entregas en mi poder! Apresurémonos. Margarita va á venir, y no será ya á su Edgardo á quien encuentre: la noche tambien acude en mi ausilio... vamos! (*toca á la puerta de la torrecilla.*) Abrid, abrid sin temor, me envia Margarita.

ESCENA XII.

EDGARDO, *el* CONDE.

EDG. Margarita?

CON. Si, caballero, me envia para salvaros.

EDG. Cómo?

CON. Vais á salir del castillo sin peligro; tomad esta ropa, que me ha servido para llegar hasta aqui.

EDG. Qué decis?

CON. Que no hay que perder tiempo, porque viene el duque... Tomad mis hábitos, y dadme el manto, el sombrero y la espada.

EDG. La espada?

CON. Para qué la quereis con este trage? (*cambian de vestidos.*)

EDG. Qué camino tomaré?

CON. Vendrán á buscaros; pero en estando fuera del castillo; qué vais á hacer?

EDG. Lo que Dios disponga.

ON. Escuchad... En el bosque de San Andrés hallareis una partida de gente de á caballo: entregad ese pergamino, y ellos os pondrán al abrigo de toda persecucion. (*le dá un pergamino, en que ha escrito unas palabras.*) Se oye ruido, sin duda vienen á buscaros. Prudencia; y si veis á Margarita, no la hagais ninguna señal de inteligencia, porque la vigilan.

EDG. Y vos?

ON. Yo ocuparé vuestro puesto... No temais... No me llamo Edgardo, ni estoy proscripto, ni condenado por la asamblea de Bruselas... Adios. Ireis al bosque de San Andrés?

EDG. Iré... Adios!

ON. El os acompañe. (No me verás en este mundo.) (*entra en la torrecilla. Edgardo queda junto á la capilla. Salen Vander y Oliverio.*)

ESCENA XIII.

EDGARDO, VANDER, OLIVERIO.

VAN. Dónde estará el peregrino? No le veo en ninguna parte.

OLI. Ahí le teneis.

VAN. Habrá estado rezando en la capilla. Padre?

EGD. Vander! (*se cubre con el capuchon.*)

VAN. Aqui teneis el donativo de mi señora la duquesa. Siente no poder daros hospitalidad por esta noche, y os ruega salgais al momento del castillo. Oliverio, acompaña á este peregrino hasta la puerta. Yo voy á cuidar de la colocacion de los centinelas, no se quede sin gua dia alguna entrada. Adios, padre!

EGD. (*bajo.*) No la veré ya mas! (*se inclina, y vase con Oliverio.*)

ESCENA XIV.

ESTEBAN, JACOBO, VANDER.

EST. (*cubierto con una pesada armadura, lleva en la mano una larga alabarda, y un enorme sable á la cintura.*) Uf! qué pesado es esto!

JAC. El que está de servicio, no habla.

EST. Este maldito hierro me aplasta los riñones.

VAN. Qué hay, Jacobo?

JAC. Todas las centinelas están puestas; no falta mas que este que habeis mandado colocar en la torrecilla antigua.

VAN. Y á quién has destinado este puesto?

JAC. Todos los de á caballo han salido á recibir al señor duque, y me ha sido forzoso emplear desde luego á nuestro nuevo recluta.

VAN. A Esteban!

EST. Presente! Voto á San, y cuánto pesan estos adminículos!

JAC. Silencio!

EST. Pues si no hablo.

VAN. Qué tal, Esteban, qué dices de tu nuevo oficio?

EST. Cáspita, señor Vander! Ahora empiezo á creer que tambien tiene sus contras: el casco me oprime demasiado la cabeza; la coraza es mas ancha de lo necesario, y me corta los riñones, y estoy seguro que pesa doble que yo: luego, me han encajonado las caderas y las piernas en unos calzones de hierro, que no tienen nada de elásticos... Si siquiera hiciese sol, reluciria, y me serviria de consuelo; pero me ponen de centinela en una hora que no hay ni sol, ni quien me vea... La esperanza que tengo es, que mañana amanecerá Dios y será de dia... Qué pesadez!

JAC. Escucha la consigna. No hay que abrir la boca mas que para decir: Quién vive? O para llamar á las armas.

EST. Pues eso bien poco es.

JAC. Tiene pena de muerte el que deje penetrar á cualquiera por esa parte del castillo.

EST. Bueno.

JAC. Pena de muerte el que abandone su puesto.

EST. Bueno.

JAC. Pena de muerte, el que viéndose sorprendido, entregue las armas sin defenderse.

EST. Bueno.

JAC. Pena de muerte el que no dé la voz de alarma.

EST. Bueno... Y nada mas?

JAC. Nada mas.

EST. Pues muchas gracias. Que me ahorquen desde luego.

JAC. Ahora, señor Vander, podeis empezar la ronda.

VAN. (*á Esteban.*) Esteban, cuidado con olvidar la consigna... Hasta la vista. (*vase con Jacobo.*)

ESCENA XV.

ESTEBAN, *solo.*

Pena de muerte... pena de muerte... pena de muerte... Esto no ofrece variaciones... Ya empiezo á creer que tenia razon el señor Vander, y que he cometido una locura... Y es posible que haya quien monte á caballo con todo este hierro encima!.. Pobre animalito! Lástima le tengo... No quisiera hallarme en su lugar... Qué oscuro hace!... Por vida mia que no es nada alegre el tener que estarse aqui uno sin moverse y sin poder siquiera reir y cantar para entretener el tiempo, porque hay pena de muerte; pero se puede gritar quién vive, y me llevaré gritando toda la noche... Maldita coraza! Si pudiera apoyarla sobre alguna cosa que aliviase un poco las caderas y los hombros... Vamos á ver. (*pone la espada de modo que descanse en ella la armadura.*) Ah! menos mal... con tal qué no vengan á incomodarme!

ESCENA XVI.

ESTEBAN, MARGARITA.

MAR. La duquesa ha partido, y podré sacar ya al prisionero. (*ve á Esteban.*) Cielos! han colocado ya un centinela!

EST. Maldito casco! Parece que me zumban los oidos... Creo que me pongo malo... Si habrá tambien pena de muerte para los que se pongan malos?

MAR. Es preciso á toda costa que Edgardo vaya al oratorio: cómo haré para burlar la vigilancia de ese soldado?

EST. Parece que allá abajo se distingue alguna cosa... y no hay que decir que sea mi sombra, porque no hace luna. Esteban, cumple tu consigna: Quién vive?

MAR. (Me ha visto.)

EST. Quién vive! Responded, ò llamo á la guardia.

MAR. (Oh! no; se perderia todo.) Soy yo, es Margarita.

EST. Señora Margarita!

MAR. Esteban!

EST. El mismo Esteban que estrena una coraza.

MAR. Ah, Esteban! Es la Providencia quien te ha colocado ahi...

EST. Quia, no señora; si ha sido un capitan que se llama Jacobo.

MAR. Escúchame.

EST. Lo que es por escuchar, no hay pena, pero no podré responderos.

MAR. Ayúdame á salvar á un desgraciado.

EST. Eso no se halla en mi consigna.

MAR. Está ahi.
EST. Si? Pues dejadle que esté.
MAR. Si queda ahi, morirá.
EST. Morirá?
MAR. Y yo, Esteban, no podré sobrevivirle, porque seré la causa de su muerte.
EST. Vos!
MAR. Tú puedes salvarnos á ambos, Esteban... Ya sabes lo que he hecho por tu madre; ahora tienes ocasion de mostrarte agradecido.
EST. Si, á no ser por vos, la pobre Marta hubiera muerto de miseria.
MAR. Ayúdame á salvar á Edgardo.
EST. Bien quisiera; pero esta maldita consigna... (*óyense clarines.*)
MAR. El duque entra en el castillo. Quieres que yo viva? Quieres que muera?
EST. (Cerraré los ojos, y aunque diga que nada he visto, no mentiré.)
MAR. Cuál es tu respuesta?
EST. (*cerrando los ojos y volviéndose de espaldas.*) Cátala ahi!
MAR. (*con alegria.*) Ah! (*corre á la torrecilla.*) Edgardo! Edgardo! Pronto! Esperadme en el oratorio de la Duquesa. (*sale el Conde bajo la capa de Edgardo, Margarita le toma la mano y le conduce al peristilo. Oyense clarines.*)

ESCENA XVII.

El DUQUE DE BRABANTE, GENOVEVA, MARGARITA *precedidos de soldados, escuderos, caballeros, pages con antorchas encendidas.*

DUQ. Valientes compañeros, acabó la campaña; la victoria esta vez ha permanecido fiel tambien á las banderas de Brabante; entregaos al reposo, pero mañana preparaos de nuevo á tomar las armas. El conde de Henolt respira aun, y he jurado no soltar la espada hasta verla enrojecida en su sangre. Marchad.
MAR. (*bajo á Genoveva.*) Alli está, señora.
GEN. (*lo mismo.*) Que parta esta noche. (*todos se retiran, escepto el Duque y la Duquesa; los pages han dejado las antorchas en mecheros al pié de la escalera del peristilo.*)

ESCENA XVIII.

GENOVEVA, *el* DUQUE.

GEN. Mañana partis otra vez?
DUQ. Leed, Genoveva, leed y comprendereis mi regreso y mi marcha acelerada; ved lo que me dice Renato, mi primer escudero.
GEN. (*leyendo.*) «Monseñor: Conforme á vuestras órdenes, he recorrido vuestros dominios bajo diferentes disfraces; por fin, segui de cerca al Conde Henolt, que en efecto, ha llevado su audacia hasta penetrar en el ducado de Brabante.»
DUQ. Continuad.
GEN. «Ha reunido cierto número de sus partidarios y le he seguido hasta el bosque de San Andrés, en donde se ha ocultado á todas mis investigaciones. El bosque de San Andrés está próximo al castillo que habita vuestra esposa, y creo que debo trasmitiros este aviso.»
DUQ. Ayer recibí esa carta.
GEN. Ahora concibo vuestro anhelo, que en un momento de alegria habia atribuido, pobre loca, á vuestro amor; me equivocaba; eran los celos los que con tal celeridad os traian; siempre los celos!
DUQ. Genoveva, porque os amo mas que á mi vida, porque por vos daria mi sangre y mi salvacion, por eso tengo celos. Genoveva, cuando creo que me amais arrojo lejos de mi pensamiento tan odiosas sospechas pero cuando lo pasado se ofrece á mi memoria, os vuelvo á ver admirando en un torneo al conde de Henolt; le veo adornarse con vuestra banda, le oigo alabarse públicamente de haber conmovido vuestro corazon, y entonces deliro de rabia y desesperacion, entonces ni creo en vos, ni en nadie.
GEN. Ah, Enrique!
DUQ. Oh, Genoveva! Comprended en fin que los celos no son otra cosa que el amor desgraciado.
GEN. Pero qué podré yo hacer para tranquilizar ese amor arrebatado y suspicaz? No bastan mis juramentos y mis caricias? Porque yo tambien os amo; si, no obstante vuestras dudas y vuestras injusticias, os amo con toda la fuerza de mi primer amor, y quisiera que me fuera posible arrancar esos malos pensamientos que os matan y me desesperan, aunque me costase dar por ello lo mas precioso de mi sangre.
DUQ. Oh Genoveva! Quién podrá dudar aun despues de haber oido tu dulce voz, cuando tu mano está en la mia, cuando tu corazon late sobre mi pecho! Yo te amo, Genoveva, te amo, y ya no dudo mas.
GEN. Probádmelo renunciando á dejarme tan pronto; acompañadme tranquilamente algunos dias.
DUQ. No sabes, Genoveva, con qué nuevo ultrage me ha amenazado el conde Henolt? Hace ocho dias que recibí una carta suya, que he despedazado con rabia inesplicable. El cobarde me escribia: «Antes de ocho dias te daré la prueba de que tu muger me ama y te engaña.»
GEN. Infame!
DUQ. Comprendes ahora que yo pueda disfrutar un instante, no digo de felicidad, pero ni aun de reposo, mientras que ese insolente respire? Comprendes que tenga mas sed de su sangre que de tus caricias?... Si en efecto está en el ducado de Brabante, juro á Dios que no se me escapará; y que cada una de sus calumnias le ha de costar horrorosos tormentos.
GEN. Hasta mañana al menos olvidad á ese hombre y su infamia.
DUQ. Si, y para que ninguna nube pueda levantarse entre nosotros, para acabar de arrancar de mi seno las sospechas que le roen y le despedazan, Genoveva, quiero...
GEN. Habla.
DUQ. Perdóname esta última duda; quiero que me jures ante Dios, y al pié de la Santa Vírgen que adorna tu oratorio...
GEN. Mi oratorio?
DUQ. Que no has amado al Conde, que no le has vuelto á ver, que jamás ha penetrado en este castillo.
GEN. Si, lo juro.
DUQ. Con la mano estendida sobre el altar es como habeis de hacer el juramento.
GEN. (Dios mio! Y Edgardo?)
DUQ. Por qué vacilas? Por qué te turbas? Genoveva, antes lo pedia, ahora lo exijo. Tiemblas?
GEN. Escuchadme, señor.
DUQ. No, aqui ni una palabra; alli os escucharé, señora, en vuestro oratorio.
GEN. Es imposible!... Por piedad!... Por mi!... Por vos mismo!
DUQ. Me suplicas que no entre en tu oratorio? Ahora iré, aunque me cueste pasar sobre tu cadáver.
GEN. No, no sabeis... oh señor!
DUQ. En vano pretendes detenerme.

ESCENA XIX.

Los mismos, VANDER, JACOBO, *soldados y pages.*

DUQ. Jacobo, entrad en el oratorio de la Duquesa, derribad, destruid todos los obstáculos.
GEN. Deteneos.
DUQ. Id os digo! (*Jacobo entra en el pabellon.*)
MAR. (*saliendo.*) Qué es esto, Dios mio?
DUQ. Sabremos quién está encerrado en ese oratorio.
MAR. Cielos!
GEN. (*á Margarita.*) Sospecha de mi.
MAR. De vos!.... Monseñor, la Duquesa es inocente; hay en efecto en el oratorio un desgraciado proscripto.
DUQ. Un hombre en el cuarto de la Duquesa!
MAR. Pero ese hombre es...

ESCENA XX.

Los mismos, el CONDE *conducido por* JACOBO.

CON. El Conde de Henolt!
GEN. (*dando un grito.*) Ah! Soy perdida! (*cae desmayada en los brazos de Vander y Margarita.*)
DUQ. (*con furor.*) El conde de Henolt!
CON. Duque de Brabante, no te he dicho que antes de ocho dias deshonraria tu blason?
DUQ. (*arrojándose sobre él.*) Miserable!
JAC. (*deteniendo al Duque.*) Señor! (*el Duque contiene apenas su furor; todos quedan consternados; Genoveva permanece sin sentido en los brazos de Margarita.— Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala baja del castillo donde se reune el tribunal. A la izquierda la sala del tormento; mas allá, en el mismo lado, la entrada del calabozo donde se halla preso el Conde de Henolt; el fondo del teatro está ocupado por el tribunal, donde se sentarán los caballeros; á la derecha, en primer término, una galeria, y en el segundo una porteria.

ESCENA PRIMERA.

JACOBO; *despues el* CONDE.

JAC. (*sale del calabozo seguido de Esteban y algunos soldados.*) Ya está el conde de Henolt en lugar seguro; alli esperará la sentencia que al señor Duque le plazca pronunciar contra él, lo que no tardará mucho, porque todo se halla preparado para el juicio.
EST. (*saliendo.*) Puah! Qué humedad! Tres ó cuatro veces por lo menos me he caido; y si no me levantan, alli me quedo por los siglos de los siglos; tambien es cierto que una vez caí sobre un haz de espinas, sin hacerme la mas leve picadura; algo bueno habia de tener mi trage!
JAC. Esteban, sabes lo que mas me admira de cuanto acaba de pasar?
EST. No lo sé, mi capitan.
JAC. Que aun no he recibido la órden de mandarte ahorcar.
EST. Eh?... Cómo es eso, mi capitan?
JAC. No estabas de centinela delante del pabellon de la Duquesa? No dejaste pasar al conde de Henolt?
EST. No, mi capitan, no he visto nada. (Porque cerré los ojos.)
JAC. Puede ser que entrase antes de colocarte alli de centinela.
EST. Pues, eso habrá sido.
JAC. No obstante, me admira que no te hayan ahorcado para escarmiento. Con la sorpresa no se habrán acordado; pero no será estraño...
EST. Misericordia, Dios mio! Ahorcarme á mi!
JAC. Vamos, tranquilízate; por consideracion á tu padrino no diré nada, pero ve á reunirte con tus compañeros. (*vase con los soldados.*)

ESCENA II.

ESTEBAN *solo.*

Diablo de capitan! Pues me gusta la observacion! Ya se me figura que tengo la cabeza como un poste y el cuello como un hilo. Lo mas ridículo que hay en mi posicion, es que yo, que estoy en el complot, porque no puedo negármelo á mi mismo, no comprendo absolutamente nada. Cómo es que el señor Edgardo se ha vuelto de repente conde de Henolt?... Glorioso San Buenaventura, si me sacas sano y salvo de este conflicto, te prometo una vela de cera amarilla, tan larga como mi lanza, y tan pesada como mi coraza. Pero gente viene. Prudencia, Esteban, y no te comprometas mas de lo que estás. (*vase.*)

ESCENA III.

OLIVERIO, GENOVEVA, MARGARITA, VANDER.

GEN. A dónde me conducis, Oliverio?
OLI. (*tristemente.*) Señora, ejecuto las órdenes que he recibido.
GEN. No me equivoco, esta es la sala donde se administra justicia; alli... alli es donde se da tormento á los acusados. Dios mio! Qué significa...?
MAR. Tranquilizaos, señora; esos tormentos ninguna relacion pueden tener respecto á vos; es verdad, padre mio?
GEN. Respondes con lágrimas, y esa es la mejor respuesta que puedes darme: crees en mi inocencia, me profesas cariño, y no tienes esperanza de salvarme.
VAN. Si, señora, confio en Dios, y en la entrevista que habeis pedido al señor duque. Cuando os oiga, cuando os vea tan tranquila, tan resignada, la sospecha se desterrará de su espíritu. (*llega un page por la derecha.*)
GEN. Ah! Qué respuesta os ha dado el Duque?
PAGE. Ha hecho pedazos vuestra carta.
GEN. Pero, qué ha dicho?
PAGE. Genoveva se justificará ante sus jueces.
GEN. Jueces para mi! A Genoveva! A la hija de los condes de Iprés y de Contré! Yo conducida ante un tribunal, acusada en presencia de mis súbditos!.. La muerte, Dios mio! La muerte mas bien que tanta humillacion!
VAN. No, la noble hija de mis antiguos señores no comparecerá como delincuente sin honra ante unos jueces dispuestos á condenarla.
GEN. Pero Enrique se niega á verme, á oirme...
VAN. Me verá, me oirá á mi!
GEN. No podrás llegar hasta él.
VAN. Llegaré!
GEN. Te hará echar por sus criados.
VAN. No: si la frente de vuestro esposo está ceñida por una corona ducal, la mia está ceñida por una corona de cabellos blancos, y no despreciará la una sin mancillar la otra. (*vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

MARGARITA, GENOVEVA, *pages en el fondo.*

MAR. Señora, ya lo veis, mi padre no desespera. Jamás se treverán los jueces á condenar á su soberana.

GEN. Me harán gracia de la vida; pero mi honor, mi reputacion, crees que podrán salir inmaculados? Qué podré decir en mi descargo? No me acusan todas las apariencias? Qué prueba podré dar á mis jueces de la infame calumnia del conde Henolt?

MAR. Decid la verdad, señora; decid que á ruegos mios concedísteis asilo á un proscripto.

GEN. Entonces os perderia á los dos sin salvarme, porque no es á Edgardo á quien han encontrado en mi oratorio, es al conde de Henolt. Y cómo he de esplicar este misterio, si yo misma no he podido penetrarle?

MAR. Hay en todo esto un secreto incomprensible. Solamente Edgardo es quien pudiera ilustrarnos, y Edgardo debe hallarse aun en el castillo. Todas las puertas estan cerradas, y no ha tenido ocasion de escaparse. En toda la noche no he podido separarme de vuestro lado; pero ahora le buscaré, y vendrá á justificaros.

GEN. Entonces se perderá él mismo.

MAR. Mucho le amo, pero si vacilase un momento en presentarse á sacrificar su vida por salvar la vuestra, solo me inspiraria desprecio. Esperanza y valor, señora! Dios proteja á Edgardo, pero que os salve sobre todo! (*vase por la izquierda.*)

ESCENA V.

GENOVEVA, JACOBO.

JAC. Señora, el Duque va á venir á esta sala con los caballeros que forman su tribunal de justicia. Tengo órden de conduciros á la inmediata galeria hasta que sea tiempo de que os presenteis al tribunal.

GEN. Vamos, Jacobo.

JAC. Mucho siento desempeñar tan terrible deber. Permitidme... (*le ofrece el brazo para sostenerla.*)

GEN. Aun tengo fuerzas, Jacobo, y Dios me las conservará para defenderme ante mis jueces. (*vanse á la galeria.*)

ESCENA VI.

El DUQUE, OLIVERIO, *y el* PAGE 2.° *en el fondo.*

DUQ. (*llega solo y á pasos lentos.*) No soy juguete de un sueño horroroso? No, el crímen es real, porque todo está preparado ya para el castigo. Genoveva culpable! Infame! Si, muy culpable y muy infame! Se burlaba de mi cuando me prodigaba falaces y pérfidas caricias, y mi mas implacable enemigo la esperaba en su habitacion!... Dios mio, si me has permitido sobrevivir á mi deshonor, es para que pueda ejecutar una ruidosa venganza!... Si, mi único pensamiento, mi esperanza, mi vida... es la venganza!!

ESCENA VII.

El DUQUE, VANDER, OLIVERIO, *el* PAGE.

VAN. Es preciso! Quiero hablar al señor Duque!

OLI. (*deteniéndole.*) No es posible!

DUQ. Vander? Que se acerque. (*hace una seña, y se retiran Oliverio y el Page.*)

VAN. Gracias, gracias, señor Duque.

DUQ. Si no me he negado á escucharte, agradécelo á tus canas; pero si vienes á hablarme en su favor, á solicitar perdon para ella, omite vanos esfuerzos; dispénsame de tus quejas y de tus lágrimas, y retírate.

VAN. Señor, voy á hablaros de Genoveva, y me escucharéis. Vengo á deciros que es inocente, y me oireis no por consideracion á mis cabellos blancos, sino porque lo exijo, señor, y hoy nada podreis negarme.

DUQ. A ti?

VAN. Si, á mi. Vander no ha sido siempre viejo: ha servido bajo las banderas del Duque vuestro padre. Se halló en aquella reñida batalla de Iprés, donde tuvisteis el primer hecho de armas; perdido entre la multitud, acribillado de heridas vuestro caballo, ibais á perecer, cuando un hombre os sirvió de parapeto con su cuerpo, y dió lugar á que vuestros hombres de armas llegasen á salvarnos: estrechásteis la mano de aquel soldado, y le disteis vuestra sortija, diciéndole: «En cambio de esta prenda, te concederé cuanto me pidas.» Desde entonces no habeis visto, ni al hombre ni la sortija; pero aquel hombre existe todavia!

DUQ. Dónde? Quién es?

VAN. Yo.

DUQ. Y la sortija?

VAN. Vedla!

DUQ. Por qué no la has presentado antes?

VAN. Porque no tenia ambicion, y porque mi mayor recompensa era oiros referir vuestras hazañas. Pero hoy os vengo á recordar vuestra promesa.

DUQ. Y por ella me pides el perdon de Genoveva?

VAN. Su perdon no, porque es inocente.

DUQ. Inocente!

VAN. Inocente! Os lo aseguro con mi vida y con mi honor. Genoveva se considera como hija mia; no ha tenido un secreto para mi; me confiaba sus males y sus tormentos. Os ama, señor, con ese amor que rechaza hasta la idea de una perfidia. No os pido su perdon, os pido su rehabilitacion, su rehabilitacion plena y completa.

DUQ. Si supieras con qué dulce complacencia te oigo protestar de la culpabilidad de Genoveva!... Hay en mi corazon un éco de tu voz que la defiende, y me hace dudar del testimonio de mis ojos. Pero acusada delante de todos, es preciso que delante de todos se justifique, porque á Genoveva no le basta el perdon, necesita justicia.

VAN. Y quién la defenderá ante sus jueces?

DUQ. Tú.

VAN. Yo? Es preciso ser caballero para tomar la palabra en el tribunal, y no soy mas que un vasallo.

OLI. Señor, los nobles barones y caballeros estan reunidos, esperando vuestras órdenes.

DUQ. Que pasen.

VAN. Pero, señor, me habeis dicho...

DUQ. Silencio! (*salen los Barones y caballeros en trage de gala. El Duque toma asiento en la silla elevada que le está destinada á la derecha.*)

ESCENA VIII.

El BARON DE HERDIN, *el* SEÑOR DE HOUDENARDE, *el* SEÑOR DE QUENEBRENT, *el* CABALLERO DE ASSAS, *el* SEÑOR DE NANTAL, *el* CABALLERO DE QUESNOI *en el fondo, cerca de sus sillas; el* DUQUE *en su trono,* VANDER *á su izquierda, un page á cada lado del tribunal.* JACOBO *cerca de la entrada de la galeria.*

DUQ. Sentaos, señores. (*siéntanse, y Oliverio coloca el libro de los Evangelios sobre un velador que habrá delante del señor de Quenebrent, presidente del tribunal.*) Nobles compañeros de armas, no es el ausilio de vuestras espadas el que hoy os reclamo, sino el apoyo de la razon y la equidad. El crimen que sois lla-

mados á castigar, os ha sido anunciado ya, y los culpables estan á disposicion del tribunal. Como señor de este ducado, hubiera podido juzgar y castigar sin apelacion; pero no lo he hecho, porque no quiero venganza, sino justicia. No olvideis que una de las personas acusadas ha hecho mi felicidad, y que ayer mismo la creia aun la mas pura de todas las mugeres. Pensad, en fin, que se necesitan pruebas irrecusables para arrojar la infamia sobre una frente que lleva una corona!

QUE. Señor Duque, vamos á jurar sobre los santos Evangelios que administraremos buena y leal justicia, como nobles y fieles caballeros. (*todos los caballeros se levantan y ponen la mano sobre los Evangelios.*) Juramos no escuchar otra voz que la de nuestra conciencia en el juicio que vamos á celebrar. Asi Dios nos oiga y nos asista. (*separan las manos.*) El tribunal se halla legalmente constituido; voy á mandar que comparezcan los acusados.

DUQ. Esperad. Antes quiero que me ayudeis á dar una justa recompensa. Hace diez años que un soldado me salvó la vida en la batalla de Iprés; no puedo ofrecerle oro, porque abriga en su pecho un noble corazon que lo rehusa Es un hombre del pueblo, pero del pueblo han salido los mas ilustres hombres, abriéndose paso con la espada, ó con el génio. Qué premio merece quien con tal bizarria salvó á su Señor? Responded!

QUE. Merece una recompensa tan brillante como el servicio prestado; la espuela de caballero!

DUQ. Bien! (*hace una seña á un page, que se retira.*) Vander, acercaos. Señor de Quenebrent, he aqui el soldado á quien debo la vida! (*sale el page, trayendo sobre un almohadon una espuela de oro.*)

QUE. Le declaramos digno de ser nuestro compañero; mas para ser armado caballero, necesita un padrino. Quién lo será?

DUQ. Yo, Enrique, duque de Brabante, que respondo de él ante Dios y ante los hombres.

VAN. Señor...

DUQ. Silencio! (*Oliverio calza la espuela á Vander; el señor de Quenebrent le da el espaldarazo y le abrazan todos, y despues el Duque.*) Caballero Vander, tomad asiento en el tribunal de justicia. (*bajo.*) Ahora podrás defender á Genoveva! (*Vander se coloca entre el baron de Herdin y el señor de Oudenarde.*)

ESCENA IX.

Los mismos, el CONDE HENOLT.

CON. (*introducido por Jacobo, á una seña de Quenebrent; está pálido, pero tranquilo.*) Qué me quereis?

QUE. Pediros cuenta de vuestra presencia en este castillo.

CON. (*con ironia.*) Preguntádselo al duque de Brabante. (*el Duque hace un movimiento de cólera, Quenebrent le contiene.*)

QUE. Conde de Henolt, responded á vuestros jueces.

CON. (*con altaneria.*) Vosotros mis jueces! De cuándo acá los vasallos se abrogan el derecho de llamar ante su tribunal á los que llevan la corona de conde?

DUQ. Desde que los que llevan la corona de conde se han hecho infames y cobardes.

CON. Me injuriais, duque de Brabante? Olvidais que estoy sin armas?

DUQ. Y por qué no has esperado mi espada en los combates? En vano te he buscado en ellos, y desesperado de encontrar al caballero, he despojado al soberano, te he arrojado de tu condado, y he hecho de ti un miserable mendigo.

CON. Duque, el mendigo habia jurado vengarse de ti; vencedor me has usurpado mis bienes; yo vencido te he deshonrado.

DUQ. Miserable!

CON. Hoy estás á merced mia. Acuérdate de mis palabras cuando pudistes mas que yo con los parientes de Genoveva: Acabas de obtener su mano, te dije, y yo conservo su corazon.» Me trataste de impostor; me juraste un odio que aun no se ha saciado con la sangre de la mitad de mis vasallos. Te habia engañado? Era yo un impostor?

DUQ. Calla!

CON. Y qué te importa la virtud de tu muger, cuando tienes para pasear tu vergüenza, tus estados y los mios?... Duque, á cada cual su triunfo!

DUQ. El tuyo no será de larga duracion: muy luego el verdugo hará justicia!

CON. Hasta en eso soy mas feliz que tú; la muerte me librará de males, y tú vivirás para soportar la mancilla con que he cubierto el nombre de tus antepasados.

QUE. Basta. Os ratificais en la primera declaracion?

CON. Me ratifico!

QUE. Que venga la Duquesa!

ESCENA X.

Los mismos, GENOVEVA.

QUE. Señora, estais en presencia de vuestros jueces y de vuestro acusador. En nombre del Todopoderoso os mandamos que digais la verdad.

GEN. Señores, la palabra de un moribundo es sagrada, podeis dar crédito á la mia. El destino ha arrojado sobre mi las apariencias de un crímen: juzgad á la muger adúltera, cúmplase el sacrificio de mi vida, pero no el de mi honor de esposa, y la misma voz que os pide una tumba, resonará fuerte y valerosa para gritar al cobarde que la acusa. Conde, sois un calumniador!

DUQ. Genoveva, sois inocente?

GEN. Inocente, señor; lo juro ante Dios y sobre los santos Evangelios.

DUQ. Acabad de confundir al miserable! Decid, de qué medio se valió para introducirse en vuestro aposento?

GEN. Lo ignoro.

DUQ. No sabiais que estuviese alli escondido?

GEN. No lo sabia.

DUQ. Sin embargo, cuando quise llevaros al oratorio os opusisteis primero, y despues confesásteis que alli habia uno encerrado.

GEN. Pero el que yo sabia que se hallaba en aquel sitio no era el conde Henolt; era un proscripto, á quien por libertarle de la muerte habia concedido aquel asilo.

VAN. Lo ois, señores?

DUQ. Pero ese hombre, quién era?

GEN. No puedo revelar su nombre, porque el mismo peligro le amenaza.

DUQ. Cuando se trata de vuestro honor, os negais á nombrarle?

ESCENA XI.

Los mismos, MARGARITA.

MAR. Yo os le diré, monseñor!

DUQ. Vos!

MAR. Ese desventurado se llama Edgardo.

DUQ. El bastardo!

MAR. El mismo.

DUQ. Y cómo lo sabeis?

MAR. Era mi amante, y por despedirse de mi se introdujo en vuestro castillo. Conociendo la suerte que le esperaba, supliqué á mi señora que le ocultase en su oratorio, único asilo donde podria estar seguro.

DUQ. Es verdad, señora, lo que acaba de decir vuestra dama de honor?

GEN. Es verdad.

DUQ. Por qué no lo habeis revelado antes?

GEN. Porque denunciando á Edgardo, temia que hiciéseis ejecutar la sentencia fulminada contra él, y no queria veros derramar la sangre de vuestro hermano.

DUQ. Ya lo ois, señores; la Duquesa solo es culpable de una falta, y se la perdono. Réstaos solo juzgar á ese infame, que á todas sus maldades queria añadir la de ultrajar y dar muerte á la mas virtuosa de las mugeres. (*todos se levantan.*)

CON. Esperad, señores; no pronuncieis vuestra sentencia antes de haberme oido. (*se sientan.*) Cuando hace un momento se trataba solamente de castigar en mi al afortunado rival del duque, no traté de defenderme, porque moria gustoso quedando vengado; pero ahora, que por solo el dicho de una muger interesada, de una doncella de Genoveva, se trata de hacerme bajar á la tumba con lo mancha de infamia, no puedo menos de rechazar esa imputacion. Señores, si ha habido semejante Edgardo, que se presente y me confunda; entonces podreis decir: el conde de Henolt es un calumniador; de otro modo no podeis ver en el dicho de Margarita mas que el natural deseo de salvar á su señora.

DUQ. Pues bien, sea como lo quieres. Margarita, trae á Edgardo, dile que nada tema, que le concedo gracia completa.

MAR. Señor, ya le he buscado por todas partes para venir con él á arrojarme á vuestros pies, pero mis investigaciones han sido inútiles.

GEN. (Dios mio!)

CON. Ya lo veis, señores; Edgardo era un personage de pura invencion.

MAR. Os juro por la salvacion de mi alma, que cuanto he dicho es cierto... pero... aguardad: voy á buscar en mi apoyo otro testigo.

DUQ. Quién?

MAR. El centinela que estaba delante del pabellon.

DUQ. Su nombre?

VAN. Era Esteban.

DUQ. Que venga! (*vase Jacobo.*)

CON. (Oh rabia! Ese hombre apoyará á Margarita, porque ha creido ver á Edgardo!...)

ESCENA XII.

Los mismos, ESTEBAN.

EST. (San Buenaventura me valga! Se han acordado de mi! Soy perdido!)

DUQ. Responde á las preguntas que van á hacerte.

EST. Si señor. (Santo bendito, sácame de este apuro, y te ofrezco dos velas en lugar de una.)

MAR. No eras tú el que estabas ayer al anochecer de centinela junto al pabellon de la señora Duquesa?

EST. Si, yo era.

MAR. Cuenta lo que pasó. Habla sin recelo.

EST. Hice mis dos horas de centinela, vinieron á relevarme, y... no tengo mas que decir.

MAR. Recordarás que á instancia mia dejaste salir á Edgardo de la torrecilla, para que entrase en el pabellon?

EST. Yo?

DUQ. Responde!

EST. Señor, nada tengo que responder, porque nada he visto.

MAR. Mientes, Esteban, mientes.

EST. (Detrás de la verdad viene la horca, y la mentira puedo purgarla con unos cuantos disciplinazos!)

DUQ. (*á Esteban.*) Retirate. (*vase Esteban.*)

MAR. Señores, ó ese hombre está loco, ó es un traidor. Juro...

GEN. (*interrumpiéndola.*) Basta, Margarita; harto has hecho para salvar á una pobre muger que no tiene mas apoyo que la Providencia Divina! Condenadme, señores; no caerá mi sangre sobre vuestras cabezas, porque todas las pruebas son contrarias, y seria preciso una fuerza sobrehumana para penetrar este misterio. Os perdono la sentencia que vais á pronunciar; pero á ti, conde de Henolt, á ti, que me deshonras, á ti mi odio y mi maldicion!!... Pero qué oigo?... Insensata!... Conde de Henolt, si no me costase mas que la vida, no me humillaria hasta la súplica; pero atentas á mi honor, y por rescatar esa reputacion que tú mancillas, Conde, olvido mi odio y mi desprecio; desciendo de mi dignidad de duquesa y de muger, y me pongo á tus pies. Conde, la verdad; por compasion, por gracia, la verdad!

CON. (*bajo.*) Lo mismo que tú, Genoveva: Arturo no perdona. (*volviéndose á los jueces.*) Y bien, caballeros, dónde estan las pruebas de mi infamia? Soy aun calumniador?

VAN. (*levantándose.*) Si, yo lo digo, bajo mi fé de caballero. Señores, nací plebeyo, y plebeyo hubiera muerto gustoso; pero he aceptado el premio de una accion natural en un soldado, no por ambicion: era preciso ser noble para hablar en presencia vuestra; era preciso ser caballero para defender á la ilustre Genoveva. Mi espíritu se halla abrumado bajo el peso de las pruebas; pero la razon me dice en vano que Genoveva es culpable; mi corazon me asegura que es inocente. Ya he leido en vuestras miradas que esta conviccion no es la vuestra; pero antes que pronuncieis la sentencia, os pido que me permitais apelar al juicio de Dios. Conde de Henolt, yo te declaro á la faz del cielo y de la tierra calumniador é infame, y te desafio á muerte. No desprecies la debilidad de mi brazo; la destreza y la fuerza estarán de tu parte; de la mia estará mi buena causa, y que Dios nos juzgue!

QUE. No podemos consentir tan desigual combate. Hay otro medio para arrancar al Conde la verdad. Pido que se le ponga en tormento.

DUQ. Cúmplase la voluntad del tribunal.

CON. Como he cansado á tus jueces, cansaré á tus verdugos!! (*Jacobo conduce al Conde á la sala del tormento, dos soldados le siguen.*)

ESCENA XIII.

Los mismos, menos el CONDE *y* JACOBO.

JAC. (*dentro.*) Conde de Henolt, insistis en declarar que fué por voluntad de la noble duquesa el introduciros en su habitacion?

CON. (*con voz fuerte, dentro.*) Insisto!

JAC. Conde de Henolt. insistis?

CON. (*con voz menos fuerte.*) Insisto!

JAC. Insistis? (*silencio, sale Jacobo.*) Monseñor, el reo va á espirar. (*Quenebrent se acerca á los demas jueces y consultan.*)

DUQ. (Y arrastra á su tumba el honor de mi casa!)

QUE. Oid la sentencia del tribunal: «Los caballeros aqui reunidos, declaran á la ex-duquesa Genoveva culpable

del crimen de adulterio, y en reparacion de este crímen la condenan á muerte.

GEN. A muerte! (*momento de silencio.*)

DUQ. No, no, es imposible!

QUE. Señor Duque...

DUQ. Es imposible os digo; la vida de la Duquesa no me pertenece. Vander, tú llevas en el dedo una sortija en cambio de la cual te ofrecí cuanto me pidieras. Me pides la vida de Genoveva?

VAN. Os la pido!

DUQ. Genoveva, os concedo la vida, pero no os veré mas! Salid de mis estados, y no volvais á ellos hasta despues de mi muerte; entonces, venid á llorar sobre mi tumba, en la que no se escribirá mi nombre, porque este nombre lo habeis deshonrado!

QUE. Genoveva, la clemencia de vuestro señor os perdona la vida; pero salid al instante de este castillo, y dentro de tres dias del ducado de Brabante. Prohibimos á todos los vasallos de monseñor el duque prestaros ausilio ni socorro, y les mandamos que os arrojen de su presencia, esclamando: «Anatema y maldicion sobre la muger adúltera!!»

GEN. Oh! La muerte! La muerte! (*cae desmayada á los pies del tribunal: el Duque queda abrumado. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Bosque.—A la izquierda una capilla rústica; mas allá, al fondo, un camino cubierto practicable; á la derecha, en segundo término, una gruta; varios árboles de trecho en trecho; enmedio del teatro rocas practicables.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, VANDER.

MAR. (*postrada de rodillas delante de la capilla; Vander sentado en un tronco de árbol.*) Vírgen de los Dolores, vos, á quien todos los desgraciados llaman en su ayuda, escuchad los ruegos de una pobre muger que ha causado ya dos muertes, y que no puede morir.

VAN. Morir tú, Margarita? Y quién quedaria entonces para cerrar mis ojos?

MAR. Perdonad, padre mio, pero he perdido todo cuanto despues de vos habia para mi apreciable en este mundo. Mi noble señora, comprometida por mi, y quizás muerta de hambre y de miseria... y Edgardo, mi pobre Edgardo, asesinado en el bosque de San Andrés... Maria, recibid en el cielo á mi amante, que no esperará mucho tiempo á la infeliz Margarita!

VAN. Edgardo mismo habia destruido el reposo de su vida; no tenia porvenir, y hubiera sido siempre desgraciado. Roguemos por su alma, pero guardemos nuestras lágrimas para otros seres mas desventurados; para Genoveva, que no tiene donde apoyar su frente, que no tiene quien la defienda y la consuele. Guardemos tambien la compasion para nuestro amo, á quién la Providencia hace sufrir pruebas tan crueles.

MAR. Le habeis visto esta mañana? Cómo se halla?

VAN. Siempre con la misma desesperacion, con la misma melancolia, con sus accesos de delirio.

MAR. Infeliz!

VAN. Los médicos han querido que salga hoy á caza.

MAR. Y no temeis que sus vasallos lleguen á adivinar lo que tratan de ocultarles?

VAN. Sin duda que hoy es mas necesario que nunca tener oculta la enfermedad del Duque, y por eso está rodeado de los caballeros que mas adictos le son. Esperamos que la Divina Providencia hará bien pronto inútiles estas precauciones con la completa curacion del Duque.

ESCENA II.

ESTEBAN, MARGARITA, VANDER.

MAR. Ojalá se apiade tambien de la desgraciada Genoveva!

EST. (*sale con un canasto al brazo.*) La Providencia no se olvida de nadie, y de los inocentes menos que de los demas.

MAR. Esteban!... Miserable, y te atreves á arrostrar mis miradas!... Tú, el infame cómplice del hombre que ha perdido á nuestro señor!

EST. Si supiéseis, señorita Margarita...

VAN. Esteban, si has mentido darás cuenta á Dios del mal que has hecho. Ven, hija mia, volvamos al castillo. (*vanse por el camino cubierto.*)

ESCENA III.

ESTEBAN *solo.*

Le sobra razon al señor Vander; tendré una terrible cuenta que dar allá arriba... yo, que no soy capaz de hacer mal á una hormiga, y he hecho la desgracia de una duquesa... Y acaso tenga que acusarme de su muerte... pero no... tengo mis sospechas de que existe... á no ser asi, la Providencia no hubiera empezado el milagro que yo he concluido. Solo dos hombres habia que pudiesen declarar la inocencia de Genoveva; el uno debia estar en la tierra y el otro en el aire; y si ambos se hallan en este mundo, es para reparar el mal que han hecho. Ahora, que nadie me vé, voy á llevar estas provisiones á mi prisionero, que ya hace hoy ocho dias que no le veo, y á estas horas debe estar ya de pié. (*óyese una trompeta.*) Parece que estan de caza, y, si no me engaño, se dirigen hácia este sitio. Siento moverse el follage; sin duda alguna res... Ah! Ahora recuerdo que por estos contornos anda una hermosa cierva, y, segun dicen, se oculta en una gruta... (*mirando la gruta.*) Esta debe ser... Caramba! Qué oscuridad!... Pero voy á atreverme, por si cojo de una pata á la cierva. (*entra en la gruta, y sale al momento azorado.*) Misericordia!... Hay gente en esa gruta!... Un muerto!... Estoy seguro, porque no se mueve. Que busque otro la cierva, que yo renuncio... Pero, y si me he equivocado? Y si ese muerto es un moribundo?... Vamos, Esteban, tú has cometido un pecado muy grande, y algo has de hacer para que te sea perdonado... Por otra parte, has jurado no ser mas cobarde. Vamos, vamos. (*entra en la gruta, y sale trayendo casi á rastras á una muger medio desmayada, cuyos vestidos estan hechos girones; la deja sobre una piedra inmediata á un árbol enmedio del teatro.*)

ESCENA IV.

ESTEBAN, GENOVEVA.

EST. Es una pobre mendiga, que quizás se muere de hambre. Por fortuna tengo aqui lo necesario para... (*la separa los cabellos del rostro.*) Ah! Dios mio!... Si es ella!... La Duquesa!... Y no está muerta, porque su corazon late. Pronto! Un vaso de mi vino añejo!... El otro que se pase sin ello. Vaya!... Por fin respira! Esto repara el estómago, y...

GEN. No puedo morir!

Est. Qué! Morir vos, señora? Pues no faltaba mas!... Vaya! Un traguito; el vino es una cosa muy buena!

Gen. Hay todavia quien se compadezca de mi? Dónde estoy? Quién sois?

Est. (Ahora me araña, de seguro!)

Gen. El bosque!... Siempre el bosque!... Por qué escondeis de mi el rostro?... Hay tantos que me han hecho mal!... Dejadme ver al hombre generoso que me ha proporcionado algun alivio.

Est. El caso es que este hombre no es otro que un miserable, que dió testimonio contra vos.

Gen. No os conozco.

Est. Soy Esteban, el soldado. Mucho mal os he hecho, señora, pero procuraré repararlo. Otro traguito.

Gen. No, estoy mejor; me has devuelto las fuerzas que tres dias de abstinencia me habian arrebatado.

Est. Tres dias sin comer!.. Una duquesa! Y tú, miserable, testigo falso, te atracabas á todas horas!

Gen. Cuando me arrojaron del castillo, caí sobre una piedra, y alli estaba decidida á esperar la muerte; pero me acordé de que si me sorprendian asi, me conducirian hasta las fronteras de Brabante, y no queria morir en pais estrangero; entonces vine á este bosque, y para que me creyesen muerta, y no siguiesen mis huellas, me quité el vestido y el velo que llevaba puestos, y los arrojé al precipicio. Hubiera deseado hallar un disfraz que me hiciese desconocida, pero la lluvia, que empapaba mis ropas, y los abrojos, que las despedazaban, transformaron bien pronto á la duquesa de Brabante en una mendiga, que pudo entonces, sin peligro, implorar la caridad de algunos aldeanos, que la daban un poco de pan negro, ó, con mas frecuencia, una áspera negativa. Tres dias hace que rechazada, y hasta insultada brutalmente, no me sentí con ánimo de mendigar para prolongar una existencia sin esperanza ni porvenir. Encontré en esta gruta un abrigo contra la intemperie, y estaba resuelta á no salir mas de ella. No sé si agradecer al cielo que os haya enviado en mi ausilio, porque la muerte iba á llegar, y la muerte para mi era el descanso.

Est. Qué atrocidad! Debeis dar gracias al cielo porque el hombre que ha hecho vuestra desgracia, el que de duquesa os ha reducido á mendiga, de mendiga os volverá á hacer duquesa!... Y ese hombre soy yo... Esteban!

Gen. Vos?

Est. Yo, si señora, un pobre aldeano, que hace quince dias era un peon de albañil, y ahora se ve soldado; pero si el diablo me dió bastante poder para perjudicaros, Dios se ha dignado elegirme para rehabilitaros. Yo, señora Genoveva, yo soy quien probará que sois inocente.

Gen. Y tú solo, qué has de poder?

Est. Yo solo...nada... pero hay dos hombres que pueden cambiar vuestro destino; el uno soy yo, el otro...

Gen. El conde de Henolt; pero este ha muerto.

Est. Yo mismo le llevé á enterrar; pero, y si el verdugo se hubiese equivocado, y en lugar de un muerto, me hubiese entregado un moribundo?..

Gen. Cielos!

Est. Debia yo enterrarle vivo?

Gen. No, debias salvarle, con la esperanza de que los remordimientos le arrancasen la declaracion que negó á la tortura.

Est. Pues bien, señora, eso es lo que he hecho.

Gen. Tú?

Est. Yo, ó mas bien, San Buenaventura, mi patrono. Mientras el soldado, mi compañero, hacia la hoya, advertí que latia el corazon de vuestro enemigo; despedí á mi camarada, llené la fosa de piedras y llevé al conde, sin sentido, á casa de mi madre, quien me ayudó á curar sus heridas. Volví al castillo á continuar mi servicio, yendo de vez en cuando á ver al Conde y llevarle algunos refrigerios. Hoy hace ocho dias que le vi la última vez; le hallé muy recobrado, y me pidió que le llevase lo necesario para escribir. Ahora iba á verle y llevarle estas frioleras, cuando el deseo de cojer una cierva, me descubrió vuestro retiro. Esperad pues, señora, que no en vano la Providencia habrá cuidado de la víctima y del verdugo; no en vano habrá dado ideas al que no las tenia, y valor al que carecia de él.

Gen. Cuál es tu proyecto?

Est. Haceros tanto bien como mal os he causado.

Gen. Y el duque mi esposo? Ha llegado á sus oidos la noticia de mi muerte?

Est. No, señora; aun no han encontrado vuestro trage y vuestro velo; los hubieran llevado al Duque, y habria muerto de pesar.

Gen. Qué dices?

Est. Está muy triste. Y Vander y Margarita, cómo se alegrarán cuando sepan...

Gen. Te prohibo que les hables de mi. Genoveva ha muerto, lo oyes? Ha muerto para todos, hasta que su inocencia sea reconocida!

Est. Pero entretanto no podeis permanecer en esta gruta.

Gen. Permaneceré en ella, porque esta gruta es segura: tu vendrás, si quieres, á traerme provisiones.

Est. Y por ahora os dejaré estas, solo me llevo este pergamino, esta pluma y este tintero. (*lleva el cesto á la gruta. Oyese una trompeta.*)

Gen. Qué es eso?

Est. Sin duda la caceria del duque.

Gen. Cómo!... El Duque!... Enrique!...

Est. Estan recorriendo el bosque.

Gen. Esteban, no ves gente hácia esta parte?

Est. Si, es un hombre que viene hácia nosotros.

Gen. (*retrocediendo con espanto.*) Ah!

Est. Qué es eso, señora?

Gen. El es!... Mi verdugo!... el conde Arturo!

Est. No es posible. Si le dejé lleno de ligaduras hace ocho dias!

Gen. Mira!

Est. En efecto, escondeos, señora, pero no temais; San Buenaventura es un santo muy milagroso. Cuando os digo que me he hecho valiente! (*Genoveva entra en la gruta.*)

ESCENA V.

Esteban, *viendo venir al* Conde.

Pero el caso es que el milágro anda demasiado aprisa! Yo, que queria ponerme de acuerdo con el señor Vander, y ni aun llamar gente puedo, porque este Satanás de conde podria escaparse!.... Vaya! Vaya! Terminaré el negocio por mi solo. Sobre todo, señor Conde, no sereis ni mas pesado ni mas duro que las piedras que yo movia y cortaba el mes pasado.

ESCENA VI.

El Conde, Esteban.

Con. Este es el sitio que indiqué á Roberto, mi escudero, y la capilla de nuestra Señora de los Dolores debe estar... (*ve á Esteban.*) Ah! Eres tú?

Est. Si no pensábais hallarme en vuestro camino, tampoco yo pensaba hallaros en el mio. Con que ya estais restablecido.

Con. Completamente, gracias á los cuidados de vuestra buena madre.

Est. Sea enhorabuena; pero sois harto imprudente en presentaros asi en las inmediaciones del castillo.

Con. Bien podrá ser; pero qué quieres, necesitaba hacer un poco de ejercicio para restablecer mis fuerzas; las he recuperado, y escuso decirte que no necesito ya de tus servicios, ni aun de tu proteccion. Por consiguiente podemos despedirnos, y continuar cada cual por su camino.

Est. Esperad un momento, señor Conde! No nos hemos de separar asi, tan secamente.

Con. Entiendo; temes que tu protegido se te escape, y no quieres hacer de valde una buena accion. Tienes razon. Pero has de saber que los verdugos del Duque me llevaron todo el oro que tenia conmigo, y es preciso que te contentes con mi firma. El otro dia te encargué que me trajeses con qué escribir. Te has acordado?

Est. Aqui tengo pluma, pergamino y tinta.

Con. Perfectamente, venga; y ahora pon á tu gusto el precio que te plazca: juro concedértelo, pero despacha.

Est. Justamente era lo que yo deseaba. Escribid, señor Conde. «Declaro que soy un perverso.»

Con. Eh?

Est. «Declaro que he mentido como un pagano.»

Con. Miserable!

Est. «Y reconozco y declaro que Genoveva es inocente.» Vamos, escribid y firmad, que tengo prisa.

Con. Atrás, imbécil! (*quiere irse.*)

Est. (*saca la espada y le detiene.*) Lo siento, señor conde, pero es necesario que firmeis...

Con. Plebeyo!

Est. Entonces voy á volverte al estado en que te encontré, y quedamos pagados.

Con. Te atreverás á herirme, á mi, que estoy desarmado?

Est. Como no soy caballero, os mataré sin mas ceremonias que á un lobo rabioso... Señor conde, no quieres escribir?... Pues ya puedes encomendar tu alma al diablo, porque Dios no te hará caso. (*el Conde, medio derribado por Esteban, va á ser herido, cuando salen por la izquierda Roberto y algunos soldados.*)

ESCENA VII.

Los mismos, Roberto, *soldados.*

Rob. Es él... nuestro amo! (*arrójase sobre Esteban, y le desarma.*)

Con. Bien venido seas, Roberto! Ya era tiempo!

Est. De dónde salen ahora estos tunantes?

Con. Qué harás ahora, noble y valeroso defensor de Genoveva!

Est. (San Buenaventura, si me sacas de este aprieto, te compro tres cirios, no dos!

Rob. Ahorquemos á este villano!

Est. No... para qué os habeis de cansar en eso? No valia mas tirarme al rio? (Nado como un pez!)

Con. A no ser por ese muchacho, estaria á estas horas seis piés bajo de tierra! Le perdono, para que vea él mismo la estension del servicio que me ha hecho; para que me vea volver vencedor y dueño donde habian abierto mi sepulcro. Pero á fin de que no pueda anunciar mi resurreccion antes de tiempo, atadle á ese árbol. (*le atan.*) Ahora, Roberto, dame cuenta de lo que has hecho.

Rob. Apenas supe vuestra cautividad y vuestro suplicio, reuní los nobles y caballeros de Artois y de Henolt: habian tomado las armas para vengaros, cuando me llegó vuestro mensage, que causó en todos el mayor asombro; despues, llamando á los mas determinados, he venido al lugar que me mandásteis, dejando mi gente en la espesura. El baron de Mauberge está en marcha: Iprés y Curtré le han abierto sus puertas. Presentáos, señor, y vuestra presencia será la prenda segura de la victoria. De aqui á dos dias estaremos ante las murallas de Bruges, y no dejaremos piedra sobre piedra. Venid, de aqui á algunos minutos estaremos entre los nuestros... Venid, qué os detiene?

Con. Espero una venganza mas pronta que la que me prometes.

Rob. No os comprendo.

Con. Escuchad todos. (*los soldados rodean al conde; sale Genoveva de la gruta, y se acerca despacio á Esteban y le desata.*)

ESCENA VIII.

Los mismos, Genoveva.

Con. Al llegar aqui, oi la trompa; una multitud de caballeros pasó junto á mi, y entre los cazadores, conoci á mi enemigo el duque de Brabante: trae poco séquito, y se halla sin armas... Roberto, no pudieras con algunos soldados acercarte á la caza, y espiar el momento en que el duque se separa de los suyos?

Rob. Y le doy muerte?

Con. No; le quiero vivo: quiero devolverle con usura sus ultrajes y sus suplicios.

Gen. (*que ha desatado á Esteban.*) Lo oyes?

Est. Bien. Si puedo...

Gen. Ya estás libre. (*entra en la gruta, y Esteban se retira por el camino cubierto.*)

Rob. Os entregaré á vuestro enemigo; pero, en qué señal conoceré al duque de Brabante? Nunca le he visto.

Con. En una cadena de oro que lleva al cuello.

Rob. Bien.

Con. Separémonos.

Rob. Ah! Señor conde... (*viendo que no está Esteban.*)

Con. Qué hay?

Rob. Ese hombre se nos ha escapado!

Con. Acaso nos haya oido. Apresúrate antes que prevenga á la escolta del duque.

Rob. Marcho.

Con. Si me entregas vivo al duque de Brabante, Roberto, serás noble y caballero. (*se separan y vanse.*)

ESCENA IX.

Genoveva; *sale de la gruta.*

Se introducen en el bosque, y van á realizar su horroroso proyecto. Si llegará Esteban antes que ellos!... Dios mio, dejadme la vergüenza que pesa injustamente sobre mi, pero salvad á mi marido! (*cae de rodillas delante de la Virgen, y hace oracion.*)

ESCENA X.

Genoveva, *el* Duque.

(En este momento aparece un hombre en lo alto de las rocas, pálido y en el mayor desórden; parece que le cuesta trabajo sostenerse: con una mano oprime convulsivamente su pecho; va á reclinarse sobre una piedra, al lado en donde está Genoveva. Despues de un momento de silencio, saca de su seno un velo, le mira, y dice sollozando.)

Duq. Muerta! Muerta!

Gen. (*levantándose.*) Cielos! No estoy sola. Ah, es él! (*corre hácia el duque.*) La virgen ha oido mi plegaria! Señor, perdonadme que viva aun, despues de haber sido deshonrada por una sentencia infamatoria! Olvidad un momento vuestro ódio, vuestro desprecio para Genoveva, y permitidla salvaros!

Duq. (Esta muger ha nombrado á Genoveva.)

Gen. Qué? No hay ya rencores para ella? No hay ya maldiciones? Sabeis la verdad? (*se detiene, y mira con espanto al duque, que está frio é inmóvil.*) Dios mio! qué estravío en sus miradas! Sus ojos apenas se fijan en mi! Enrique, Enrique, no me conoces? Soy yo... yo, Genoveva!

Duq. Qué cruel eres, hablándome de Genoveva! Vienes á llamarme homicida, asesino?... Sabes ya que ha muerto!

Ger. Muerta Genoveva!

Duq. Si, ha muerto! El demonio, que atormentaba mis noches, me lo habia anunciado en mis sueños. Dudaba aun, y hace un momento que, cogiéndome de la mano, me separó de mis amigos, y me condujo al borde de un precipicio.

Gen. Ah! Desgraciado!

Duq. Alli me mostró sonriendo los harapos de una túnica, y este velo, este velo que tengo aqui, y que me abrasa el corazon. Despues me mostró en el abismo el cadáver de Genoveva.

Gen. Qué horroroso delirio!

Duq. Tienes razon, muger; soy su asesino, soy su verdugo!

Gen. Esta desgracia me faltaba! Enrique, vuelve en ti! Genoveva respira aun; vive para amarte, para defenderte... Está á tu lado, te estrecha contra su corazon, cubre con sus besos esta mano que la ha arrojado! Enrique! No me oye! Dios mio, Dios mio, devuélvele su juicio, aun cuando sea para maldecirme. Enrique, reconóceme, reconóceme, y mátame despues!

Duq. Voy á llevarte al borde del precipicio, y la verás. Ven.

Gen. Deteneos; hay asesinos que os buscan, y que os esperan.

Duq. No me detengas... Mira, el demonio se ha apoderado de mi mano, como ahora poco, y me arrastra.

Gen. No irás sin pasar sobre mi cadáver!

Duq. (*deteniendose.*) Es su voz, si; es la voz de Genoveva; ella tambien me llama.

Gen. (*tomándole la mano,*) Si, si, te llama; pero Genoveva está en el castillo.

Duq. Qué, la han llevado al castillo?

Gen. No quieres verla por última vez, antes que la tumba se cierre sobre ella?

Duq. Si; pero apresurémonos, porque me arrebatarán este último consuelo: mas no sé sino un camino; el que conduce al precipicio. Llévame al castillo, si quieres que llegue á él. (*cae sobre una roca.*)

Gen. Yo, Dios mio! Me arrojarán otra vez. No importa. Iré. Le salvaré. Venid, venid.

ESCENA XI.

Los mismos, Roberto, *soldados.*

Rob. Buena muger!

Gen. (Ah! es perdido.) (*se pone delante del duque.*)

Rob. Podrás decirnos si el duque de Brabante ha atravesado esta avenida? Conoces al duque de Brabante?

Gen. Yo! No señor.

Rob. Lleva al cuello una cadena de oro, que le distingue de los de su comitiva.

Gen. (*viendo la cadena que lleva el duque.*) (Cielo Caballero, no he visto nada, y hace ya mas de u hora que estoy aqui. Debe haber vuelto ya al ca tillo. (*mientras habla, ha desatado y guardádose la c dena del duque, que aun no ha sido visto por Rober ni los suyos.*)

Rob. Estamos seguros de que se halla aun en bosque.

Gen. Y estais tambien seguros de que lleva una cader de oro?

Rob. Es la señal que tenemos para conocerle.

Gen. Pues os repito que no he visto nada, (*un soldad ve al duque, y le hace advertir á Roberto.*) mas qu á este pobre loco, que me han encargado.

Rob. Quién es ese hombre?

Gen. (*retirándose del duque.*) Un desgraciado que h perdido el juicio, y no acertaria á seguir su camino si yo no estuviera aqui para conducirle.

Un Soldado. Dejemos á esa muger y á ese loco, señor Roberto, y vamos á reunirnos con nuestros camaradas.

Rob. Esperad; es preciso que hable á ese hombre y me asegure...

Gen. Señores...

Un Sol. No tengas cuidado, que no te llevaremos á tu loco.

Rob. (*al duque.*) Quién eres? Habla. Tu nombre... Dinos tu nombre.

Duq. Mi nombre? Le han deshonrado; no lo sé.

Gen. (Respiro.) Dudais aun?

Rob. No es al que buscamos.

Sol. Vienen soldados.

Rob. (*mirando.*) Son las gentes del duque.

Gen. (Gracias, Dios mio!)

Sol. Huyamos!

Rob. (*mirando por otro lado.*) Imposible: estamos cercados por todas partes... Hagamos frente, y nos salvaremos. (*Genoveva se retira á la gruta.*)

ESCENA XII.

Roberto, *soldados del conde Henolt*, Vander, Esteban, *el* Duque, *caballeros brabantinos*, Margarita.

Est. Ahi están, ahi están los que atentan contra la vi da del duque, nuestro amo.

Van. (*á sus soldados.*) Apoderaos de esos asesinos.

Rob. Esperad, caballero; nosotros no somos asesin venimos á cumplir una leal mision.

Van. Cuál es?

Rob. A vosotros todos, barones y caballeros de B bante, traemos el desafio de Arturo, conde de I nolt. (*movimiento general de sorpresa.*)

Todos. Arturo!

Duq. (*levantando la cabeza.*) Arturo!

Rob. Arturo, conde de Henolt, salvado por un lagro.

Est. (Aqui está el santo que le hizo, y por mas que le ha salido mal la cuenta!)

Rob. Y no solamente toman las armas los soldad Henolt, sino que las ciudades de Iprés y de C acuden tambien en favor nuestro con sus num fuerzas.

Van. Pues qué, los vasallos del duque de Brab atreven á levantar contra él el estandarte de belion?

Rob. Los ciudadanos de Iprés y de Curtré eran de Genoveva, y van á vengar la muerte de ra. Barones y caballeros, el conde de Henol

carga arrojaros ese guante; quién de vosotros le recoje? (*todos los caballeros hacen un movimiento para recoger el guante, pero el duque se arroja á él el primero.*)

DUQ. (*con fuerza.*) Yo.

TODOS. El duque!

ROB. (Era él!)

DUQ. Si, yo, Enrique de Brabante. La rabia me ha devuelto el juicio, que la desesperacion me habia arrebatado! Enviado de un infame, retirate, y di á tu señor, que si no es tan cobarde como villano, vaya él mismo á buscar este guante en la primer batalla campal. (*vanse Roberto y sus soldados.*)

ESCENA XIII.

Los mismos, escepto ROBERTO *y los suyos.*

DUQ. Arturo vivo! Y no es un sueño... Vosotros lo habeis oido como yo, no es verdad? Existe! Por eso me ha dejado el cielo con vida! Por eso ha vuelto á disiparse esa nube de fuego, que turbaba mi razon. Si, si, amigos mios, ahora os conozco á todos. Que suene la trompeta de mis heraldos; que llamen á las armas á cuantos puedan llevar una lanza ó una espada. Un solo grito debe resonar ahora en todos mis dominios. A las armas!

TODOS. A las armas!

DUQ. A falta de la espada, que esta mañana no podia manejar, soldado, dame tu maza. Ya lo veis, amigos mios, mi brazo ha recobrado su valor, mi alma posee toda su energia. Arturo existe. Enrique no puede morir. Al combate!

TODOS. Al combate!

DUQ. Esta misma noche nos pondremos en marcha.

GEN. (*á la puerta de la gruta.*) Esta noche!

DUQ. Para vencer de nuevo al enemigo, tenemos á Quenebrent, Oudenarde, Vander, Jacobo.

GEN. (Y á mi.) (*á Esteban.*) Ven. (*le conduce á la gruta.*)

DUQ. (*agitando la maza.*) Valientes, todos á las armas!

TODOS. A las armas! (*el duque y los caballeros y soldados se preparan á partir. Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO,

Sala del trono en el palacio de Brujes, dividida por un cortinaje que forma una antesala, donde pasan las escenas que preceden al desenlace: al levantar el telon tocan en la ciudad a rebato; óyense gritos, choques de espadas, armaduras, etc.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA.

MAR. (*á la ventana.*) Qué ruido! Que tumulto! Dios mio! Vos que me habeis arrebatado á mi señora Genoveva y á mi Edgardo, salvad á mi padre! (*ruido dentro.*) Nuevos heridos llegan de la brecha; continúa el combate! Si habrá penetrado el enemigo en la ciudad? Y mi padre? Quién me dará noticias de mi padre? Todos pasan, y nadie me responde. Ah! Esto es demasiado sufrir! Mi padre está en la muralla.... alli es mi puesto. (*en el momento en que Margarita va á retirarse, traen un herido. Es Vander.*)

ESCENA II.

MARGARITA, VANDER, *despues el* DUQUE.

MAR. Padre mio! Herido! Herido!

VAN. (*sentado.*) Tranquilizate, hija mia; el golpe que he recibido, no es mortal; pero á mi edad se pierden pronto las fuerzas. (*á los soldados que le han traido.*) Hijos mios, volved al combate; haced con vuestros cuerpos una muralla á nuestro intrépido soberano. Vosotros sereis mas dichosos que yo, pues tendreis el honor de vencer ó de morir con él. (*vánse los soldados.*)

MAR. Padre, no me engañais? Vuestra herida...

VAN. No me matará tan pronto como deseo, porque no quiero sobrevivir á mi señor.

MAR. Ha muerto?

VAN. No; pero como la victoria es imposible, va á abrirse una tumba en medio de las filas enemigas. Ha mandado que me trasladen aqui, y quiere que viva para vengarle, como si el viejo Vander pudiese ahora alguna cosa.

MAR. Pero no hay ninguna esperanza?

VAN. Ninguna. La traicion ha mermado desde un principio nuestras filas: hasta ese miserable Esteban ha faltado de ellas. Aun cuando nuestras fuerzas eran inferiores en número, el duque dispuso una salida; combatimos con furar, y ya los soldados de Henolt huian, cuando aparecieron en el horizonte las banderas de Iprés y de Curtré, que desanimaron á los nuestros; y á pesar de la voluntad del duque, que queria morir en el campo conquistado, volvimos á ampararnos de los muros, y entonces fui herido por una lanza enemiga. Henolt se disponia para el asalto, y el duque para rechazarle. (*auméntase el ruido, el sonido de las armas y los toques á rebato.*)

MAR. Padre mio, el ruido del combate se acerca: el enemigo está en la ciudad!

VAN. El duque habrá muerto sin duda! (*sale el duque de Brabante sin casco, con la armadura rota, manchada de sangre y de polvo, y con solo un trozo de espada en la mano.*)

DUQ. No, no he podido morir, Vander! Crueles! Quieren dejarme la vida, y con ella la vergüenza de la derrota! Mátame, pues, tú, que no has roto tu espada. No me dejes caer vivo en poder del infame Henolt! (*cae en un sitial.*)

ESCENA III.

El DUQUE, VANDER, *el* CONDE, *hombres de armas del conde, despues* ROBERTO.

UN SOLDADO. (*sale y amenaza al duque.*) Aqui está, aqui está!

CON. (*sale con viveza.*) Respetad la vida del duque de Brabante, porque aun no ha terminado todo entre los dos.

ROB. (*al conde.*) Monseñor, la bandera de Henolt ondea en los muros de Bruges, y los caballeros que los defendian, han entregado las armas.

DUQ. (Y yo no he muerto aun!)

ROB. Los habitantes, al rendirse, imploran vuestra misericordia.

CON. Los perdono á todos; pero que al momento, y delante de los caballeros de Henolt y de Artois, reunidos en la sala del trono, me rindan pleito homenage, como á su nuevo señor y soberano. Id á hacerles saber mi voluntad, y que antes de media hora esté todo preparado para la ceremonia de mi coronacion.

Retiraos todos. Tengo que hablar á solas á Enrique de Brabante.

ESCENA IV.

El Duque, *El* Conde.

(*El duque permanece sentado. El conde, de pie, le considera en silencio algunos momentos.*)

Con. Ya estás en mi poder; vivo y vencido, noble soberano!

Duq. Engríete con la victoria; digna es en efecto del conde de Henolt. No pudiendo obtenerla con la espada ó con la lanza, la ha debido á la traicion.

Con. Desde esta ventana podrás ver muy luego al verdugo despedazar tus escudos, y entregar á las llamas los harapos de tu bandera.

Duq. Cobarde!

Con. Enrique, he merecido tu odio, pero no tu desprecio. El conde de Henolt fué en todos tiempos para ti cruel y despiadado, pero nunca cobárde. Lo oyes, asesino de Genoveva?

Duq. Genoveva! Miserable, qué nombre te atreves á pronunciar?

Con. No fué cobarde, el que para vengarse del hombre á quien detestaba, y para mejor despedazarle el corazon, se introdujo solo y sin armas en el castillo de su enemigo; el que se entregó á si mismo como amante favorecido. No es cobarde, en fin, el que en medio de las angustias de la tortura respondió: «Genoveva es culpable.» Si hubiese querido decir la verdad, se habria salvado; la mentira era la muerte, y el conde de Henolt sostuvo la mentira.

Duq. Qué es lo que dices!

Con. Desde este momento comienza mi venganza. Duque de Brabante, maldíceme, y muere de rabia. Tu muger era inocente!

Duq. Inocente!

Con. Si, te lo juro ahora: yo he guiado tu mano, que firmó la sentencia de Genoveva. Me he servido de mi mismo enemigo para vengarme de él y de la que por tanto tiempo me habia desdeñado; y todo eso lo he hecho á espensas de mis miembros dislocados, de mis carnes despedazadas por tus verdugos. Ahora, busca otra injuria que arrojarme al rostro, porque, ya lo ves, Enrique, Henolt no es un cobarde!

Duq. Infame! Genoveva inocente, y yo la he condenado! Y yo soy su asesino! Dios mio! Dios mio!

Con. Lloras, duque de Brabante! Era lo único que faltaba á mi triunfo. Tú has hecho correr mi sangre, pero no has visto derramar mis lágrimas. (*se oyen trompetas.*)

Duq. Esos serán tal vez mis vengadores!

Con. Insensato, mira! Son los caballeros de Iprés y de Curtré, tus mas implacables enemigos, que van á arrancar de tu frente la corona ducal, para colocarla en mi cabeza.

ESCENA V.

El Conde, Roberto, *el* Duque,

Rob. (*al conde.*) Señor, los caballeros de Iprés y de Curtré, despues de haber colocado sus tropas en las inmediaciones de palacio, piden entrar en la sala del trono; las puertas de esta sala han sido franqueadas á vuestros aliados, y algunos están ya en ella.

Con. Que entren. (*vase Roberto y vuelve con ellos.*)

ESCENA VI.

Conde, Jacobo, Duque, Roberto, *dos caballeros de Curtré que quedan junto á la puerta.*)

Con. (*á Jacobo.*) Acercaos. Antes de poner la mano sobre la corona ducal, que me pertenece por derec de conquista, quiero que una sentencia infamator despoje de ella al asesino de Genoveva.

Jac. La hora de la justicia ha llegado, señor conde. hemos tomado las armas y venido hasta aqui, ha si para castigar al enemigo de Genoveva.

El Pueblo. (*dentro.*) Viva! Viva!

Con. Qué gritos son esos?

Jac. Los que anuncian la llegada á la sala del trono d supremo juez, ante quien vos y monseñor el duqu vais á comparecer.

Duq. Pero, quién es ese juez?

Con. Si: quién es?

Gen. Yo, conde de Henolt!

(Descórrense las cortinas y dejan ver la sala del trono ocupada por los señores de Iprés y de Curtré. En el tro no está sentada Genoveva; á su derecha, un paje con l corona ducal sobre un almohadon, detras Margarita y la damas de honor; los caballeros de Brabante, Curtré, Iprés, al pie del trono, con las espadas desnudas; entr ellos está Vander: Roberto, desarmado, á la izquierda, entre dos soldados; Esteban inmediato á él.)

Duq. *y* Con. Genoveva!

Gen. (*viniendo á la escena, dice con fuerza.*) Si, Genoveva existe; y si Dios lo ha permitido asi, es para que pueda desenmascarar á un perverso, y castigar un infame!

Con. (*con furor.*) A mi, guardias! (*corriendo á los caballeros de Curtré.*) Traidores, todos sois mis prisioneros!

Est. (*asiéndole.*) No, vos lo sois nuestro!

Con. Yo?

Est. Amarradle bien, no se escape... que es muy tuno!

Gen. Si: estás en mi poder, porque los caballeros de Iprés y de Curtré no obedecen mas que á Genoveva de Brabante, y desengañados por ella, ocupan todas las avenidas. Conde de Henolt, serás juzgado por los que tú mismo habias reunido, y tu sentencia será pronunciada por el duque de Brabante, tu señor y soberano! (*se dirige al duque.*) Monseñor, recobrad vuestra corona. (*el duque la besa la mano.*)

Con. Oid! No necesito jueces. Lo que pido es un verdugo!

Est. Si, ya le tendrás. Aunque sea yo mismo...

Duq. Dos horas tienes para encomendar á Dios tu alma.

Est. (O al diablo mas bien.) (*van á llevar al conde.*)

Duq. Pero antes verás el triunfo de la que querias perder. Acercaos, Genoveva! Recobro esta corona, que vos sola me habeis devuelto; pero es para colocarla en la cabeza de la mas noble y mas virtuosa de las mugeres!! (*toma la corona de mano de un page y la coloca en la cabeza de Genoveva, que la recibe arrodillada.*)

Est. (Que digo tres; ocho cirios te vas á chupar, San Buenaventura!)

Duq. Viva la duquesa de Brabante!

Todos. Viva!! (*aclamaciones generales de los pages, caballeros y soldados toman parte en la alegria general, y agitan sus lanzas y espadas.*) Viva! Viva!

FIN DEL DRAMA.

MADRID, 1854.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, núm. 13.